

ANÓNIMO

LOS ARCANOS MAYORES
DEL TAROT

Meditaciones

Introducción de Hans Urs von Balthasar

Herder

Título original: Die Großen Arcana des Tarot Meditationen

Traducción: J. López de Castro

Diseño de la cubierta: A. Tierz

© 1983, Verlag Herder, Basilea

© 1987, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-5131-7

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: QPPRINT

Depósito legal: B-4.170-2024

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

ÍNDICE

Presentación, por Robert Spaemann	11
Introducción, por Hans Urs von Balthasar	15
Prólogo del autor	23

Carta I: <i>El Mago: El arcano de la mística</i>	25
--	----

Arcano, símbolo, misterio. Iniciación. Hermetismo cristiano al servicio de la fe. Pedro y Juan. Relación entre esfuerzo personal y realidad espiritual. Concentración sin esfuerzo. La zona de silencio. Transformar el trabajo en juego. Aligerar el yugo. La unidad del mundo. El método de la analogía. Símbolos y mitos. Arquetipos. Síntesis del consciente y el inconsciente. Deber y afición. Genialidad y charlatanería.

Carta II: <i>La Sacerdotisa o Papisa: El arcano de la gnosis</i>	51
--	----

Reflexión de la experiencia mística. Revelación y tradición. Renacer del agua y del Espíritu. La dualidad. Iniciación antes y después de Cristo. ¿Primacía del ser o del amor? El don de lágrimas. Los principios masculino y femenino. Nacimiento de las tradiciones. Hechizo de sistemas filosóficos. El sentido contemporáneo. Memoria horizontal y vertical. La creación del mundo.

Carta III: <i>La Emperatriz: El arcano de la magia</i>	75
--	----

Magia sagrada, personal y perversa. Dominio de lo sutil sobre lo denso. Curaciones milagrosas. Peligros de la falsa magia. El Santo Grial. El misterio de la Sangre. Posesión. Egrégores y demonios. El despertar de la libre voluntad. Job. Liberarse de la duda, del temor, del odio, y de la desesperación. La Biblia, principal formulario de la magia sagrada. Esfuerzo, sufrimiento y muerte: mística, gnosis y magia. El árbol de la vida. «Yo soy el camino, la verdad y la vida.» Milagros. El ideal de la gran obra y el de la ciencia. Agente de crecimiento. El guardián del Edén. La Trinidad. Magia del arte. Escribas y fariseos. Fe, esperanza, amor. Purificación, iluminación, unión. La generación.

Autoridad. Renuncia al movimiento, a la acción, a la libertad intelectual y a una misión personal. La idolatría del poder y el poder de la cruz. Problema de teodicea. La parábola del hijo pródigo. Amor divino y libertad humana. Jerarquías angélicas. *Tsimtsum*, «Retirada de Dios». Existencia (libertad) y esencia (chispa de amor). Panteísmo y materialismo. El puesto del emperador en Europa. La autoridad del iniciado. El sentido místico del tacto, el sentido gnóstico del oído, el sentido mágico de la vista, el sentido filosófico-hermético de la comprensión. Filosofía hermética y ciencias ocultas (cábala, astrología, magia, alquimia). Teoría de la reencarnación. El sentido metafísico y el sentido hermético (o de la iniciación). El hombre, imagen y semejanza de Dios. La rosacruz. Las cuatro llagas.

Carta V: *El Sumo sacerdote o Papa: El arcano de la trascendencia y de la pobreza*

123

La bendición. Respiración horizontal y vertical. Oración y gracia en la razón, el corazón y la voluntad. Amor a la naturaleza, al prójimo y a los seres jerárquicos. Purificación, iluminación y unión. El aspecto nocturno de la historia y de la vida individual. Las funciones de emperador y papa. Cosmos geocéntrico y heliocéntrico. Lógica de los hechos y lógica moral. La quinta llaga del Papa. El quinario (el pentagrama). Hágase tu voluntad, mi voluntad, nuestra voluntad. Fuerza o pureza de la voluntad. Los deseos de ser grande, de tomar, retener, avanzar y mantenerse. Los votos de obediencia (cruz), pobreza (pentagrama) y castidad (hexagrama). Las flores de loto. La victoria del bien sobre el mal. Estigmas. Limbo, purgatorio, paraíso. La misión del Papa. Las «puertas del infierno». Fe, esperanza, caridad.

Carta VI: *El Enamorado: El arcano de la iniciación y de la castidad*

149

El senario (el hexagrama): las tres tentaciones y los tres votos. Monjes y monjas. Amar y ser. La extensión del amor. Énstasis y éxtasis. Iniciación. La triple tentación en el paraíso. Dudas y experimentos. Obras y gracia. La naturaleza está herida, no destruida. Fórmula de la iniciación. La triple vía de san Buenaventura. Egrégores y fantasmas. El Anticristo. Las tres tentaciones en el desierto.

Carta VII: *El Carro: El arcano de la convalecencia*

175

La cuarta tentación: megalomanía, hipertrofia de la conciencia de sí, orgullo. Renuncia y recompensa. El movimiento de los ángeles. Lugares sagrados. Los siete milagros ejemplares y los siete «yo soy». El proceso de individuación. Arquetipos. «Ora y trabaja.» La humildad y su peligro subyacente. Los arcanos del tarot como advertencias e ideales. Señor de los cuatro elementos. Las virtudes cardinales. Las tres formas de experiencia mística. La visión beatífica. Alian-

za entre supraconsciente, consciente y subconsciente. El equilibrio de las siete fuerzas.

Carta VIII: *La Justicia: El arcano del equilibrio* 201

Equilibrio microcósmico y macrocósmico. La ley. Realidad de Dios y abstracciones de Dios. El primer mandamiento. «¡No juzguéis!» Intuición. Equidad. Justicia justa y decisión. Cantidad y calidad. El infierno eterno. La encarnación de Cristo. Griegos y judíos, realistas y nominalistas. Los tres motivos del ansia de saber. La Iglesia católica. Hermetismo e Iglesia. Hermetismo y ciencia. Jesucristo y el *Logos*.

Carta IX: *El Ermitaño: El arcano de la conciencia* 229

El tercer padre. El hermetismo y sus tres métodos de conocimiento. Las tres antinomias: idealismo-realismo, realismo-nominalismo, fe-ciencia empírica. El credo científico. La ciencia: ¿método o concepto del mundo? Síntesis de religión y ciencia. El don del negro perfecto. La prudencia. Soledad y silencio. El iniciado. Paz. Saber y querer. Vida contemplativa y activa. El Ermitaño en camino. Flores de loto. Los siete «yo soy».

Carta X: *La rueda de la Fortuna: El arcano de la naturaleza caída* 265

Relaciones entre animalidad y humanidad. Caída original y degeneración. La evolución. Perdición y salvación. El mito del círculo cerrado de la serpiente. La idea del eterno retorno. La caída cósmica. Enroscadura e irradiación. El cerebro. Paloma y serpiente. La redención. El inconsciente colectivo. Destino, voluntad y providencia. La esfinge. Callar, querer, osar, saber. La historia del tarot. El hermetismo.

Carta XI: *La Fuerza: El arcano de la virgen* 301

La religión natural. Percepción y reacción. Iluminación y fanatismo. Virgen y serpiente. Vida y electricidad. Virginitad. Enemigos transformados en amigos. Las técnicas de la tentación: duda, placer estéril, poder. Esclerosis. Modos de dormir y morir. Éxtasis. «Honra a tu padre y a tu madre». Agente de crecimiento. Tradición y progreso. Los diez mandamientos.

Carta XII: *El Colgado: El arcano de la fe* 339

Gravitación física, psíquica y espiritual. La caída original. Carne, alma, espíritu. Los padres del desierto. Jesús camina sobre las aguas. «Yo soy.» Éxtasis y

énstasis. Tres categorías de levitación. *Kuṇḍālinī*. Enroscadura e irradiación. El poder perceptivo de la voluntad. Fe y obediencia. Revelación y entendimiento. Lógica moral. La parte y el todo. Pensamiento solar, voluntad zodiacal e imaginación lunar. Simbolismo de los números. Certeza de la fe y verosimilitud de la prueba. Herejías y sectas. La infalibilidad del papa. Visión imaginaria y visión intelectual. Alucinación e ilusión. Fe y saber. Job.

Carta XIII: *La Muerte: El arcano de la vida eterna* 375

Olvido, sueño y muerte. Recordar, despertar y nacer. Cuatro clases de memoria. La resurrección de Lázaro. Milagro y libertad. Hacer y funcionar. El Verbo creador. La vida de los santos después de la muerte. Ángeles custodios. Dos clases de nacimiento. Cristalización o irradiación. La promesa de la serpiente. Fantasmas y aparecidos. Dos clases de inmortalidad. Concentración, meditación, contemplación. Fe, esperanza, amor. Purificación, iluminación, unión. San Miguel arcángel. La torre de Babel y el descenso de la Jerusalén celeste. El sentido de la muerte.

Carta XIV: *La Templanza: El arcano de la inspiración* 409

El hombre, imagen y semejanza de Dios. Las cinco funciones del ángel custodio. La genialidad de los ángeles. Ángeles proféticos. Las alas de los ángeles. Hombres alados. La oración perpetua. La justa medida entre imagen y semejanza. María y Marta. El don de lágrimas. Judíos. Visión, inspiración, intuición. La humildad, condición preliminar de la inspiración. Esfuerzo y gracia.

Carta XV: *El Diablo: El arcano de la contrainspiración* 439

El mundo caótico del mal. Generación de los demonios. Su poder sobre quien los engendra. Ángeles caídos y seres artificialmente engendrados. Demonios engendrados individualmente. Egrégores engendrados colectivamente. Complejos. El comunismo. Silencio. Los cuatro grados de la tentación. Discernimiento de espíritus. ¿Hay egrégores buenos? Lugares sagrados. Cómo luchar contra los demonios. Cómo derrotar a los ángeles caídos. Job. Las burlas de Mefistófeles. Dioses paganos. Cuatro formas de paganismo.

Carta XVI: *La Torre: El arcano de la construcción* 469

El mal humano. No en la carne, sino en el alma. Ascetismo negativo y positivo. La caída, anterior a la vida terrena de la humanidad. El pecado original. ¿Ignorancia o conocimiento ilícito? Tradiciones oriental y occidental. Fratricidio de Caín, generación de los gigantes, torre de Babel. La Torre alcanzada por el rayo. Purgatorio. El *Magnificat*. Ensalzarse. Especialización. Construir o crecer. La

rosacruz. Nada mecánico en el hermetismo. Matrimonio de los contrarios. Paz. Penitencia. La alquimia de la cruz. Concentración, meditación, contemplación. El sentido espiritual de los días de la semana.

Carta XVII: *La Estrella: El arcano del crecimiento y de la madre* 499

La savia de la vida. De lo ideal a lo real. El agente mágico y el agente de crecimiento. Creacionismo y transformismo. Fuego y agua. El veneno de la serpiente y la lágrima de la virgen. Contemplación y acción. La superación del dualismo. La esperanza. Los misterios de la madre. Evolución y salvación. Poesía. Magia divina y magia personal. El círculo cerrado de la magia personal y de la ciencia. La espiral de la magia divina. Milagros. Amor a Dios y al prójimo. Los cuatro aspectos del nombre divino. La preparación de la venida de Cristo. Oro, incienso y mirra. Esperanza, creatividad y tradición. Hermes Trismegisto.

Carta XVIII: *La Luna: El arcano de la inteligencia* 529

La inteligencia y la intuición de la fe. Sol, Luna y estrellas: luz creadora, reflejada y revelada. El postulado de la repetición. El todo y la parte. Primavera y otoño. «En el comienzo existía el Verbo.» El instinto. El árbol de las *sefirot*. Cabeza, corazón y voluntad. Transformación de la inteligencia en intuición. La inteligencia al servicio de la conciencia. El guardián del umbral. El *sacrificium intellectus*. Ritmo. El rosario. La sabiondez. Reducción y proyección psicológica. Las cuatro antinomias. Psicologizantes y espiritualizantes. ¿Cangrejo o águila?

Carta XIX: *El Sol: El arcano de la intuición* 565

Cooperación y lucha por la existencia. Simpatía. Conversación mediante fuerzas y mediante palabras. El pesebre. Resurrección. En pos de la estrella. Cooperación de la inteligencia humana con la sabiduría sobrehumana. «El que clama en el desierto.» La escolástica: bautismo de la inteligencia. Escépticos y místicos. Experiencia intuitiva del sí mismo trascendente. *María-Sophia*. La trinidad luminosa. Padre y Madre. El culto a María. Novena y rosario.

Carta XX: *El Juicio: El arcano de la resurrección* 595

El impulso terapéutico de las religiones proféticas. La quinta ascética. Despertar y resurrección. Olvido, sueño, muerte: recuerdo, despertar, nacimiento. Memoria automática, lógica y moral. La triple «crónica del *akashá*». El libro de la vida. El mejor de los mundos. La historia del mundo es el juicio del mundo. Sentido de la responsabilidad histórica y firmeza de la fe. La trompeta del ángel. Obras y gracia. La unión de la voluntad humana con la divina. «Padre nues-

tro...» El cuerpo de la resurrección. Herencia e individualidad. Inmortalidad del espíritu, alma y cuerpo. La preparación del cuerpo que ha de resucitar. La asunción de María. El juicio final.

Carta XXI: *El Loco: El arcano del amor* 631

Don Quijote. Orfeo. El judío errante. Don Juan. Till Eulenspiegel. Hamlet. Fausto. Transformación de la conciencia personal en conciencia cósmica. Dos clases de *sacrificium intellectus*. La unión de las sabidurías humana y divina. Judíos, griegos, cristianos. La piedra filosofal. La espera del que ha de venir. Fe en Dios: fe en el hombre. Avatares. Cristianización de la humanidad. El *Bodhi-sattva*. Fusión de oración y meditación. Oración mística, gnóstica, mágica.

Carta XXII: *El Mundo: El arcano de la alegría* 667

El mundo como obra de arte. La creación. Magia y arte. Alegría. El suicidio. Espejismos. Cinturón de la mentira o esfera del falso espíritu santo. Falsos profetas y mesías. Marxismo. Nacionalsocialismo. El espíritu casto. Verdad y mentira mezcladas. Cruz, oración y penitencia. Arte sagrado. La intensidad no es criterio de verdad. Lo numinoso. Peligros del inconsciente. Los cuatro animales sagrados. Los cuatro temperamentos. Los cuatro elementos del Nombre divino. Los arcanos menores del tarot. El iniciado. Purificación, iluminación, perfección.

Glosario 701

PRESENTACIÓN

Los tiempos parecen estar maduros para que salga a la luz este libro. No sabemos si admirar más los azarosos caminos recorridos por estas 22 cartas de ultratumba hasta su publicación en alemán por la editorial Herder (Basilea 1972) o la ciega seguridad con la que sin propaganda alguna han hallado a sus destinatarios, esos amigos desconocidos a quienes van dirigidas, hombres y mujeres de muchos países y continentes, ancianos y jóvenes, seguidores de un credo católico-dogmático, adeptos de una libertad de espíritu teosófica o antroposófica, mas todos partícipes de un afán común: averiguar el significado de la antigua palabra sabiduría.

Para llegar a comprender la fuerza de atracción, a la vez dulce e inexorable, que emana de estas meditaciones es preciso acudir por algún tiempo a la escuela del maestro que nos las brinda. Sus ejercicios nada tienen que ver con la ciencia ni con la fe. No hay en ellos ni argumentación metódica ni huella de dogmatismo; no reivindican una objetividad universalmente válida o en toda circunstancia verificable, pero tampoco representan una mera experiencia subjetiva sin aspiraciones a la verdad. Nos enseñan a *ver* de un modo determinado, nos llevan de la mano por los senderos tradicionales de cierto tipo de *visión*, una visión que, en nuestra cultura, a menudo aparece espantosamente atrofiada. Trátase de una visión de fenómenos primordiales y *analogías* esenciales. Esta visión ni puede ni está llamada a ocupar el puesto de la ciencia o de la fe cristiana. A entrambas les sirve más bien de base y de raíz común. Al atrofiarse ésta, la ciencia y la fe degeneran inevitablemente: la ciencia se vuelve destructiva y la fe exangüe. La visión de las analogías precede a toda ciencia. El uso de conceptos sólo es posible cuando las cosas y acontecimientos se perciben como análogos. Todos vemos tales analogías. Lo que importa es aprender a distinguir las analogías *esenciales*, es decir, los fenómenos primordiales. Por ejemplo, allí donde no se llegue a apreciar el fenómeno del ser viviente, de la planta, del animal, o la belleza de una obra de arte, cualquier explicación científica acabará sencillamente por desfigurar

dichos fenómenos o relegarlos al plano de visiones meramente subjetivas y sin importancia. La forma actual del pensamiento científico se caracteriza por esa falta de percepción y la correspondiente tendencia destructiva. La actual anemia de la fe resulta de la misma carencia. La fe ha renunciado hoy en gran parte a su pretensión cognoscitiva, la de interpretar en un sentido tan genuino como sustancial el mundo, la vida y la historia. A menudo tolera que el contenido más íntimo de los sucesos relativos a la salvación le sea declarado por una ciencia radicalmente incompetente en lo que toca a este hecho de índole única, quedando así ella misma reducida a una simple «actitud», una determinada forma de motivación moral. El conocimiento que viene de la fe, la gnosis, vive precisamente, como todo conocimiento, de un *ver* primordial. «Venid y lo veréis», responde Cristo a la pregunta de sus primeros discípulos: «Maestro, ¿dónde moras?» (Jn 1,38). «Hemos visto su gloria»: tal es el testimonio con que el Evangelio de Juan inaugura su mensaje. El conocimiento científico vive de la visión de analogías *horizontales*; la visión en que se apoya la fe se sustenta de analogías *verticales*: «Lo que está abajo es como lo que está arriba, y lo que está arriba es como lo que está abajo.» Las 22 cartas que nos ocupan no son, todas ellas, sino una exégesis de esta sentencia de la *Tabula smaragdina*.

Sólo si en esas palabras se encierra una verdad tendrá sentido cualquier discurso sobre Dios y no será el nuestro un hablar hueco, abstruso e incoherente; pues «a Dios mismo nadie lo ha visto jamás» (Jn 1,18). Un pensamiento que así percibe las cosas no se ciñe a considerar a Dios como un simple puntito trascendente que se coloca sobre la *i* del mundo y a dejar, a la postre, que el universo espiritual de lo invisible quede transformado en un insignificante residuo, pudiéndose éste derivar de un funcionalismo antropocéntrico. La realidad del «cielo, de las potencias celestiales y los gloriosos serafines» no se le descubre a quien comienza por la célebre «navaja de afeitar» de Occam, es decir, por la pregunta: «¿Acaso no podemos arreglárnoslas sin suponer su existencia?» Esta actitud, esta reducción del tesoro de la realidad a aquello «sin lo que no podemos arreglárnoslas», nos lleva de momento a exterminar en la tierra búfalos y elefantes, y nos hará acabar, de aquí al año 2000, con algunas decenas de millares más de especies naturales. La riqueza del mundo espiritual, a la que el autor de estas meditaciones nos permite echar alguna que otra mirada, se halla por suerte a salvo de nuestros desmanes. ¿No nos disminuimos a nosotros mismos, sin embargo, con un reduccionismo teológico igualmente destructor?

Los grandes portavoces del idealismo alemán –Schelling, Franz

von Baader, Hegel— no ignoraban que también la filosofía degenera en pura ciencia formal sin esa visión de la transparencia y analogía de los fenómenos. Por ello dieron entrada en sus obras, más o menos expresamente, a tradiciones portadoras de otro pensamiento: las tradiciones hermética, gnóstica y teosófica. Tales tradiciones permitían conciliar las verdades de la fe cristiana con lo que ordinariamente sabemos acerca del mundo. El autor de las 22 cartas que aquí publicamos se sitúa en esta tradición europea de sabiduría.

Dada la asombrosa similitud de auténticas experiencias espirituales en todas las épocas y culturas, la tradición que acabamos de mencionar engloba también elementos oriundos del Extremo Oriente, mientras que, por otra parte, la mayoría de las importaciones asiáticas hoy tan en boga se apoyan en un profundo desconocimiento de la historia occidental de la visión meditativa, y por eso tampoco ellas son comprendidas a fondo. Esta ignorancia no es casual. Guarda relación con ese déficit, esa falta de percepción a la que antes aludíamos. Tanto en lo tocante a la cultura como a la religión, cunde hoy un sentimiento general de marcha sin rumbo, en el vacío, sentimiento que corroe cada vez más las almas. Contra él combaten estas 22 cartas, trayéndonos esa especial visión de las cosas a la que damos el nombre de sabiduría.

Lo característico del autor de estos ejercicios es el papel que asigna a la tradición sapiencial hermética en el conjunto de nuestra vida espiritual. Esta tradición, en efecto, no encarna ya un saber herético que se sobrepone a la ciencia o a la Iglesia. El hermetismo no es fundamento de ninguna de ambas. El autor lo entiende como servicio prestado a la ciencia y a la fe, como puente tendido entre las dos, como fermento de nuestra cultura. Así, por poner un ejemplo, su sorprendente interpretación platónica de la teoría evolucionista no es opuesta a este paradigma científico, antes bien permite conciliarlo con la verdad básica y evidente de que lo más perfecto nunca puede derivarse de lo menos perfecto. Pero lo que en especial le interesa a nuestro autor es descubrirles a todos los buscadores de sabiduría, herméticos, teósofos, antropósofos, la Iglesia *una*, la Iglesia de los Apóstoles, la Iglesia de Dios hecho hombre; descubrírsela como su verdadero espacio vital, como la patria espiritual de la que todos ellos —lo quieran o no— viven cada día y sin cuyas plegarias y sacramentos las realidades que les tocan de cerca desaparecerían por completo de nuestro mundo. La gratitud del autor por ese espacio que Dios nos otorga rezuma una cálida y profunda emoción. Ningún agradecimiento espera él a cambio por parte de la Iglesia católica, sino sólo que ésta le reserve un humildísimo puesto, el último, precisamente a él, que en razón de su particular destino no es capaz más que de

rastrear los grandes y pequeños secretos de la realidad por el camino de las analogías y correspondencias, haciendo así asombrosos descubrimientos. Que desde ese último puesto —en verdad privilegiado, como lo dijo el propio Cristo— surja a su vez en sentido contrario un nuevo impulso para la Iglesia y la lleve también a ella por las vías de la gratitud, no depende de la voluntad de los hombres, aunque van multiplicándose los signos que permiten conjeturarlo. Los cristianos del futuro «deberán ser esos cristianos gnósticos, maduros, inspirados», a quienes, según expresión del cardenal Carlo Martini, arzobispo de Milán, «se dirige en su totalidad el mensaje del Nuevo Testamento». En París, el papa Juan Pablo II interpeló a la nación francesa con las siguientes palabras: «Francia, ¿sigues siendo fiel a tu alianza con la sabiduría?» Este término no fue escogido por el sumo pontífice al azar en vez de cualquier otro, por ejemplo, fe. Según la doctrina cristiana, la fe es un don que nadie se otorga a sí mismo. La sabiduría, al contrario, es una disposición del espíritu que puede adquirirse mediante ejercicios como los que nos ofrecen estas 22 cartas. En la Iglesia oriental, el diácono exclama antes de dar lectura al Evangelio: «¡Sabiduría! ¡En pie!» Y más adelante, al iniciarse la celebración propiamente dicha de los sagrados misterios: «¡Permanezcamos decorosamente en pie!» Ambas parénesis dan a entender que para oír y hacerse presente la Palabra de Dios se requieren ciertas disposiciones espirituales y corporales. Estas mismas disposiciones impiden el hundimiento de una civilización.

Robert Spaemann

INTRODUCCIÓN

I

Al acceder a la demanda de prologar este libro, tan extraño para la mayoría de los lectores pero a la vez tan enriquecedor, me apresuro a confesar mi incompetencia en la materia que explora: no soy capaz de seguir ni de aprobar todos los razonamientos del autor, ni menos aún de someterlos a examen crítico. No obstante, es tal la abundancia de ideas y reflexiones dignas de atención, que a nadie pueden dejarle insensible.

Un pensador cristiano y piadoso de innegable probidad nos da a conocer los símbolos del hermetismo cristiano en sus distintos planos —mística, gnosis y magia— recurriendo a las ciencias cabalísticas y a ciertos aspectos de la alquimia y la astrología. Dichos símbolos aparecen en los llamados arcanos mayores del antiguo juego de cartas conocido por el nombre de *taroco* o, más comúnmente hoy, *tarot*. Con sus meditaciones, el autor trata de situarlos en el plano de la sabiduría más profunda, por lo universal, del misterio católico.

Recordemos, en primer lugar, que semejante tentativa no es única en la historia del pensamiento católico, teológico y filosófico. Por lo general, los padres de la Iglesia interpretaban ya los mitos nacidos de la fantasía y mentalidad paganas como vagas prefiguraciones del *Logos* plenamente revelado en Jesucristo (Schelling se dedicó a demostrarlo una vez más, extensamente, en su filosofía tardía). Sobre todo Orígenes, yendo hasta el final de esa línea de pensamiento, acometió como cristiano la empresa de esclarecer con la revelación bíblica no sólo la sabiduría filosófica de los paganos, sino también la «sabiduría de los príncipes de este mundo» (1Cor 2,6), por lo cual entendía él «algo así como la filosofía oculta de los egipcios» (aludiendo especialmente a los escritos herméticos atribuidos a Hermes Trismegisto, es decir, el dios egipcio Thot), «la astrología de los caldeos e hindúes, que prometen enseñar la ciencia de las cosas supraterrenas», y asimismo «las múltiples doctrinas de los griegos acerca de lo divino». Oríge-

nes admite además la posibilidad de que las potencias del mundo no enseñen esta sabiduría suya «a los hombres para perjudicarlos, sino porque de veras creen en tales cosas»¹. Ideas similares aparecen expuestas en la *Praeparatio evangelica* de Eusebio.

Todos sabemos cuán variados fueron durante el medievo, en parte por influjo árabe, los conceptos de potencias del mundo o inteligencias (interpretadas ya como pensamientos de Dios, ya como ángeles), conceptos que han contribuido a modelar la filosofía cristiana de la naturaleza, y en especial cómo a los más ilustres genios del renacimiento —época que prolongó este género de especulaciones— les preocupó la traducción de la cábala mágico-mística de los judíos en términos cristianos. Nos percatamos hoy de que muchos santos padres le habían ya reservado al misterioso Hermes Trismegisto un puesto de honor entre los profetas y sabios paganos² y que tanto en la alta como en la baja edad media circularon libros de hermetismo³. El renacimiento ve después en Hermes Trismegisto al gran contemporáneo de Moisés y antepasado de la sabiduría griega (ello nos hace pensar en su venerable imagen incrustada en el suelo de la catedral de Siena). Si poetas, artistas y teólogos van a buscar en él y en otros sabios paganos con respetuoso entusiasmo los dispersos rayos de la ciencia divina para traerlos a su foco cristiano, todavía es más importante esta otra repatriación: la de la cábala, cuya secreta tradición oral data igualmente, según se afirma, de la época de Moisés. Las primeras discusiones a favor o en contra de las misteriosas doctrinas cabalísticas se remontan a los judíos españoles, conversos o no, del siglo XII; más tarde Reuchlin en Alemania, Ficino y sobre todo Pico de la Mirándola en Italia se afanan por desentrañarlas⁴, mientras el admirable cardenal Egidio de Viterbo (1469-1552) trata a su vez de interpretar las Sagradas Escrituras a la luz de la cábala *non peregrina sed domestica methodo* («usando un método no extraño, sino acorde con ellas») ⁵. Por orden de Clemente VII, este mismo príncipe de la Iglesia, tan celoso de reformas, redacta su turbulento tratado de la *Shekinah*, dedicado a Carlos V⁶.

Junto a estos nombres célebres podríamos citar una plétora de

1. *Peri arkhon* III, 3, 1-3; en la ed. de Görgemanns-Karpp, Darmstadt 1976, p. 587-593. Más adelante se refiere a los «llamados magos y hechiceros», así como a los *daimones*, de quienes los hombres «purificados por una gran continencia» pueden llegar a recibir inspiraciones.

2. S. Gasparro, *L'ermetismo nelle testimonianze dei Padri*, «Studia Patristica» 11 (Berlín 1972), 58-64.

3. L. Thorndike, *A history of magic and experimental science* II, Nueva York 1947, 214-228.

4. F. Secret, *Les kabbalistes chrétiens de la renaissance*, París 1964.

5. J.W. O'Malley, *Giles of Viterbo on Church and Reform, Studies in medieval and reformation thought* V, Leiden 1968; G. Signorelli, *Il cardinale Egidio da Viterbo, Agostiniano, umanista e riformatore*, Florencia 1929; J. Blau, *The christian interpretation of the cabala in the renaissance*, Nueva York 1944.

6. Publicado en 1559, edición crítica de F. Secret en Edizione nazionale dei classici del pensiero italiano, serie II, Roma 1959, p. 10s.